

CAPÍTULO IV

LA NOBLEZA

I. Barones y castellanos. Los torneos. Los presupuestos señoriales.—II. La literatura guerrera. El feudalismo según las canciones de gesta.—III. La cortesía, la nobleza y la literatura cortés.—IV. Los nobles franceses en Oriente. La cruzada de Constantinopla y la fundación del imperio latino.

I.—*Barones y castellanos. Los torneos. Los presupuestos señoriales* (1)

Considerando el feudalismo en su conjunto, hecha excepción de unos cuantos escogidos de quienes hablaremos más adelante, los hábitos y costumbres de la clase noble no han cambiado. Casi por todas partes el castellano permanece siendo el soldado brutal y feroz que conocemos. Hace la guerra, combate en los torneos, pasa cazando en los días de paz, se arruina en prodigalidades, estruja á sus paisanos, diezma á sus vecinos y saquea las tierras de Iglesia.

En los comienzos del siglo XIII, los monjes de la abadía de San Martín de Canigó hacen la interminable lista de las fechorías realizadas por un castellano del Rosellón, Poncio del Vernet. Este noble es un verdadero bandido. «Ha fracturado nuestra cerca y se ha apoderado de once vacas. Ha penetrado en nuestra propiedad del Vernet y ha cortado nuestros árboles frutales. Al día siguiente ha cogido y atado en un bosque á dos de nuestros servidores, arrebatándoles tres sueldos y dos dineros. El mismo día, en nuestra granja de Egat, tomó dos calzas, una túnica y las botas de Bernardo de Mosset. Otra vez, mató dos vacas é hirió á cuatro en la granja de Col-de-Jou, arrebatando todos los quesos que encontró en ella. Otro día obligó á los hombres de Rial á rescatarse por quince sueldos, sembrando en ellos tal terror, que se pusieron bajo la protección de Pedro Demalait, mediante quince sueldos pagados de una vez y una renta anual de una libra de cera. En Egles robó 150 carneros, un asno y tres niños, á quienes no quiso soltar sino mediante un rescate de cien sueldos. En seguida prendió á dos hombres de Odilón, por cuyo rescate ha exigido quince sueldos, estando el uno cautivo todavía,» etc.

Los grandes señores no excedían en mucho á los pequeños. En su testamento, Guinard, conde de Rosellón (1272), afirma haber estado asociado á los beneficios de una tropa de ladrones: «Por la parte en los robos de Poncio de Navaga, que he percibido (*pro parte latrocinii Pontii de Navaga, quam ego habui*), restituyo mil sueldos melgorianos y quiero que se entreguen con esta suma cien túnicas nuevas á los pobres.»

(1) FUENTES.—Léase sobre todo la *Chronique de Lambert d'Ardes*, edición Heller, en los *Monumenta Germaniae*, tomo XXIV; la *Chronique de Hainaut*, de Gilbert de Mons, edición Arndt, 1869, y la *Histoire de Guillaume le Maréchal*, edición P. Meyer, 1891-1894.

OBRA DE CONSULTA.—E. Petit, *Histoire des ducs de Bourgogne et de la race capétienne*, tomos II y III, 1888-1890. D'Arbois de Jubainville, *Histoire des ducs et comtes de Champagne*, 1859-1865, sobre todo el tomo IV. Bourquelot, *Fragments de comptes du XIII^e siècle*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes,» tomo XXIV. H. Malo, *Un grand feudataire, Renaud de Dammartin et la coalition de Bourguignons*, 1898.

El trovador Guiraud de Borneil se indigna de «que el honor consista ahora en robar bueyes, carneros y chivos. ¡Ah! Muera de vergüenza, al comparecer delante de una dama, todo caballero que empuja con sus manos los rebaños de corderos baladores ó despoja á las iglesias y á los caminantes.» La historia demuestra que el poeta no exagera. Ya hemos visto á Felipe Augusto perseguir á los señores de Déols y de Sulli, convictos de haber robado á mercaderes. El vizconde de Limoges, Guido V, hacía robar por sus soldados los objetos expuestos en los mercados. El duque de Borgoña, Hugo III, fiel á las tradiciones de su raza (2), no es otra cosa que un aventurero de alta alcurnia. Destroza á los mercaderes flamencos y franceses que atraviesan sus Estados: lo que constituye una de las razones que decidieron á Felipe Augusto, en 1186, á hacer su expedición á la Borgoña.

Renato de Dammartin, el enemigo personal del rey de Francia, la encarnación de los odios feudales coligados contra la monarquía, practica igualmente el latrocinio á mano armada. Robaba los rebaños de los monjes, se apropiaba sus graneros, se apoderaba de sus caminos y sus tierras y forzaba á los habitantes de Calais á esconder su dinero en la abadía de Andres, todos ellos pecados veniales para tan gran señor. Señalábase, sin embargo, por más estrepitosas fechorías. Un antiguo canciller de Ricardo *Corazón de León*, el obispo Guillermo de Longchamps, desterrado de Inglaterra, en 1190 había venido á refugiarse en Francia. Apenas entrado en el condado de Bolonia, cae Renato sobre él, le arrebató sus caballos, su equipaje, los vasos sagrados de la capilla y le despoja hasta de su manto episcopal. A pesar de las reclamaciones del obispo de Reims y á pesar de la excomunión, no devolvió nunca nada de lo que había robado.

Se dan finalmente verdaderas bestias de presa, como aquel tiranuelo del Perigord, Bernardo de Cahuzac, de que nos habla el historiador Pedro de Vaux-Cernai: «Pasa su vida despojando y destruyendo iglesias, atacando á los peregrinos y oprimiendo á las viudas y á los pobres. Sobre todo se complace en mutilar á los inocentes. En sólo un monasterio, el de los monjes negros de Sarlat, se encontraron 150 hombres y mujeres á quienes había hecho cortar las manos ó los pies ó vaciar los ojos. La esposa de este castellano, tan cruel como él mismo, le ayudaba en sus ejecuciones. Encontraba gusto en martirizar por sí misma á pobres mujeres. Hacíales cortar los pechos y arrancar las uñas, por manera que las dejaba incapaces de trabajar.»

Por todas partes continuaban los señores disponiendo á su antojo de la contribución y de los cuerpos de sus vasallos. «Todo lo que el campesino amontona, dice el predicador Jaime de Vitri, en un año de trabajo durísimo, lo devora el caballero en una hora. Despoja á sus súbditos por excesivas tallas y pesadas exacciones. Usar del derecho de mano-muerta es robar la herencia de los muertos, condenar al huérfano á morir de hambre y hacer como el gusano, que se alimenta de cadáveres. Así como se ve á los cuervos rondar los cuerpos que los lobos y los chacales acaban de destrozar, esperando su parte en el festín, cuando los barones y

(2) Véase el tomo primero, página 463.

caballeros expoliaban á sus hombres, los agentes del señorío, prebostes, cobradores y demás cuervos infernales se refocilaban con la esperanza de lograr las piltrafas. Estos oficiales, rapaces como sus dueños, estrujan y son estrujados á su vez. Estas sanguiuuelas, que chupan la sangre de los miserables, se ven obligados á vomitarla en provecho del hombre más poderoso que ellos.»

El dinero arrancado á los súbditos permite á los nobles entregarse á su ocupación primordial y favorita: la guerra; guerra de los señores contra las gentes de Iglesia, y guerra de los señores entre sí por la ruptura de los lazos de familia y de los lazos de vasallaje. A falta de la guerra, surge entonces más furioso que nunca el amor á los torneos.

En el poema histórico de Guillermo *el Mariscal*, los relatos de torneos ocupan, poco más ó menos, tres mil versos entre veinte mil. El autor describe quince torneos que se sucedieron en algunos años en la región de la Normandía, de Chartres y del Perche. Y aún no habla más que de los muy famosos y de aquellos en que su héroe tuvo parte. «No estoy al corriente, dice, de todos los torneos que se hacen. Sería difícil estar al tanto de ellos, pues casi todas las quincenas tenían lugar en una ú otra plaza.» El torneo es «la lucha á la francesa,» *conflictus gallicus*, y los extranjeros acuden á Francia para tomar parte en esos ejercicios mortales en que se diezma y se arruina la nobleza. Cuando en 1209 Felipe Augusto invistió caballero á su hijo Luis, le hizo firmar el compromiso de no tomar parte en torneo alguno. Todo buen caballero frecuenta los torneos, porque son la mejor escuela guerrera. «Es necesario, dice el cronista Roger de Howden, que haya el caballero visto correr su sangre, que sus dientes hayan crujido con los puñetazos, que haya sido arrojado al suelo sintiendo el peso del cuerpo de su enemigo, y que, desazonado veinte veces, se haya vuelto á levantar otras tantas, más aguerido que nunca en el combate. De esta manera podrá aventurarse en las campañas serias, con la esperanza de salir victorioso.» Pero el torneo es útil por otros conceptos. Vase á ellos para ganar dinero. Guillermo *el Mariscal* recorre los torneos para proveerse de caballos, arneses y racionar á los prisioneros. En cierta justa, «ganó por lo menos doce caballos.» Habíase asociado á un valeroso compañero, y entre los dos hicieron numerosas capturas, de las que llevaban nota los clérigos. «Los clérigos, dice su biógrafo, demostraron perfectamente por escrito que desde la Cuaresma á la Pentecostés fueron presos 103 caballeros, sin contar los caballos y los arneses.»

Conviene leer en este tan animado poema el relato del famoso torneo de Lagni-sur-Marne, donde combatieron tres mil caballeros franceses, normandos, flamencos, angevinos y borgoñones. «Estaba llena de banderas la llanura, á punto que cubrían el sol. Allí hubierais visto tal estrépito de lanzas, que la tierra estaba cubierta de astillas y los caballos no podían avanzar. Grandes fueron las aperturas en el llano. Cada cuerpo de combatientes daba al aire su grito de guerra.» Bien pronto el joven rey de Inglaterra, el hijo mayor de Enrique II, da la señal de la enorme escaramuza. «Entonces hubierais visto la tierra temblar, cuando dijo el rey: «Esto me aburre de antemano, no quiero hoy esperar más.» Entonces comenzó la encarnizada lucha en los viñedos, á

través de la inmensa selva de cepas. Vese á los caballos abatirse y á los hombres caer de ellos, heridos y magullados.» ¡Qué multitud de episodios curiosos! Las visitas que, en vísperas del torneo, se hacen los caballeros en las posadas en que se departe alegremente entre enormes vasijas de vino; *el Mariscal* recorriendo por la noche las callejuelas invadidas de una ciudad para perseguir á un ladrón que le ha quitado su caballo. Al propio *Mariscal* le habían abollado el casco de tal manera en el torneo, que no pudo sacárselo después de la batalla y se vió en la necesidad de acudir á casa de un forjador á poner la cabeza sobre el yunque y hacerse arrancar á golpes de martillo aquel casco malparado. En estas sangrientas justas, de que gustaba la nobleza, todo el mundo hacía su negocio: las ramerías, que aflúan á ellas; el bajo pueblo, que gozaba en esos espectáculos, y los comerciantes, que hacían de los alrededores del palenque un campo de feria.

Esta nobleza está siempre apurada de dinero. A menos de ser Enrique Plantagenet ó Felipe Augusto, de obrar como grande ó de hacer vastas conquistas, los nobles tienen casi necesariamente con déficit su presupuesto; porque la guerra es una ocupación carísima, y la paz no cuesta menos. Además de los torneos, presuponse las recepciones, las fiestas religiosas y militares, los matrimonios y las componendas. No existe fiesta posible sin preparación de mesa. Las comilonas se prolongan. Se hacen necesarias las distribuciones de trajes, de forrajes, de caballos y de moneda. Cuanto más alta posición se ocupa, más necesario es dar á los amigos, á los vasallos, á los histriones y á todo el que se presenta. La prodigalidad es un signo de nobleza, una elegancia y una virtud.

En 1181, el cura Lamberto de Ardres nos muestra al hijo de su señor, el joven Arnaldo II, nuevo caballero, distribuyendo prodigiosamente el oro y los objetos preciosos á la turba de criados, de monjes y de bufones que le rodean. «Da á todos los que le piden. Da todo lo que puede poseer y adquirir. Llega hasta la locura en el dar, *quasi desipiendo*, y á da aun lo que no le pertenece: el dinero tomado á préstamo de otro.»

En la gran asamblea general de Mayence, en 1184, con ocasión de una numerosa hornada de investiduras caballerescas, los caballeros, sus parientes, sus amigos, todos los señores rivalizaron en prodigalidad, y «no solamente, dice Gilberto de Mons, para honra del emperador y de su hijo, sino para gloria de su propio nombre.» Cinco años más tarde, el conde Balduino Hainaut celebraba la investidura caballerisca de su hijo en Spira. Los caballeros, los clérigos, los criados, los juglares y las juglaresas salieron de la fiesta colmados de presentes. La «caballería» de Luis de Francia tuvo lugar en 1209 «con tal solemnidad, dice el historiador Guillermo *el Bretón*, con tan grande concurrencia de grandes del reino y una tal afluencia de hombres, todo ello con tal abundancia de vituallas y regalos, que hasta entonces no se había visto cosa parecida.»

Los altos soberanos y los reyes podían restablecer sus presupuestos en equilibrio. Bastábales con estrujar un poco la esponja: esto es, á los paisanos ó á los burgueses. En la época de la Pascua de 1186, cuenta Gilberto de Mons, el conde de Hainaut, Balduino, reunió en su castillo de Mons el consejo de sus secretarios y fami-

liares. Expióse allí el estado de su caja, muy poco tranquilizador: los derroches personales, los gastos de manutención y sueldo de los jefes y de los servidores lograban escandalosas cifras. El déficit era de 40.000 libras de Valencienes. El conde, entonces, muy á pesar suyo y quejándose de ello, se decidió á utilizar un recurso extremo: impuso tallas extraordinarias á los habitantes de su condado, y en siete meses recogió con qué pagar casi todas sus deudas.»

El procedimiento no estaba al alcance de todos. Aun los grandes señores sucumbían bajo la usura. El duque de Borgoña, Hugo III, que debía sumas considerables á los barones, á las iglesias y á sus judíos, murió insolvente, y su hijo Eudo III no logró pagar todas sus deudas. El conde de Champaña, que poseía en sus ferias de la Champaña una mina de oro, no hacía honor á sus negocios. Cuando el conde Enrique II llegó á Tierra Santa, se encontró en tal desnudez, que «muchas veces tuvo que levantarse por la mañana, sin saber cómo comerían él y las gentes de su casa durante el día.» En diferentes ocasiones se vió obligado á dar en rehenes sus muebles á sus proveedores. En la propia Champaña se negaban éstos á entregarle nada á crédito. Amauri de Montfort, el hijo del vencedor de los albigenses, se encontró de tal modo embargado, que tuvo que establecer rehenes sobre sus mismos parientes; su tío, Guido de Montfort, y muchos otros nobles caballeros vivían prisioneros en Amiéns, en garantía de una cantidad de 4.000 libras que se debían á los comerciantes de esta ciudad por los conquistadores del Langüedoc.

Enrique el Joven, heredero del famoso Enrique II Plantagenet, se veía obligado por la miseria á conducirse como jefe de bandidos. Para pagar á sus soldados, hace sobre sus burgueses de Limoges, en 1183, un empréstito forzado de 20.000 sueldos. Luego se presenta en la abadía de Saint-Martial y pide prestado el dinero de los monjes. Penetra en el claustro, expulsa á la mayoría de religiosos y se hace abrir el santuario. Jamás devolvió nada del tesoro que había robado. Algunos meses después, moría de enfermedad y en la más completa desnudez; el abad de Uzerches tuvo que pagar los gastos de su oficio fúnebre. Las gentes de su casa morían de hambre: tuvieron que empeñar hasta los caballos de su dueño. Los que llevaban el cadáver caían de inanición, á punto que los monjes de Uzerches se veían con pena para levantarles. Uno de los familiares del joven rey afirma que vendió sus propias calzas, *bracas suas*, para poder comer.

¿Cómo vivían los grandes señores de este tiempo? Sólo su contabilidad puede darnos una idea de ello. Pero ésta no ha llegado hasta nosotros sino incompleta y raras veces; por ejemplo, algunas hojas sueltas pertenecientes á los archivos de la condesa de Champaña, Blanca de Navarra, en el período de 1217 y 1219.

Como todos los feudos, el condado de Champaña estaba en estado de guerra perpetua. La condesa, en nombre de su hijo menor, Thibaut IV, se defendía entonces contra un competidor: Erardo de Brienne. Los gastos militares figuraban, pues, en primera línea en las cuentas. Trabajos para poner las plazas fuertes en estado de defensa; remonta de los fosos; reparación de las murallas en las villas; compra de bueyes y caballos. Se encarga dinero para pagar el sueldo de los caballeros y

para enviar víveres á las tropas. Se asignan ciertas sumas para disponer un lugar seguro para los prisioneros. Se pagan espías. Luego es necesario negociar, mantener procuradores, pagar embajadores y llevar numerosos procesos en Roma y en París. De aquí los gastos de viajes pagados á abogados, legistas ó sencillos mensajeros que se trasladaban á Italia, á España ó al lado de Felipe Augusto, para defender los intereses de la condesa y de su hijo.

Vienen en seguida los regalos, los dones, las limosnas, todos los gastos de la esplendidez. Regalos políticos: doscientos quesos de Brie, expedidos á Felipe Augusto; un lote de armaduras enviado al emperador Federico de Alemania; fardos de ropas y de trajes dirigidos á Roma, para atraerse al papa ó á sus cardenales. En la propia Champaña, los continuos dones de platería, de forrajes y vestidos á clérigos, mujeres y nobles; y finalmente, la caridad hecha á las viudas, á los servidores enfermos, á los monasterios y á los leprosos: á todo ello deben añadirse los préstamos que con frecuencia se veía obligada á solicitar la noble dama. Numerosas menciones de estas cuentas hacen referencia al pago de los intereses. Los banqueros le prestaban á plazos por lo menos de dos meses y como máximo de seis, todo ello al 25 por 100, los cristianos. Los judíos prestaban entonces en Champaña al 43 por 100, y todavía más.

Acaecía, pues, con frecuencia que los nobles morían en la ruina. Apenas habían cerrado los ojos, sus servidores y deudores hacían rapiña en lo que restaba. Ya se ha visto más arriba, por el ejemplo de Enrique II (1), que los mismos reyes no escapaban al pillaje mortuario. Un contemporáneo, Tomás de Cantimpré, cuenta que la condesa de Champaña, María, hija de Luis VII, viéndose en extremo de muerte, hizo llamar al célebre teólogo Adán de Perseigne. Ya había exhalado el último suspiro cuando éste llegó, y aún le hicieron esperar largo rato antes de introducirle. Los sirvientes de la casa estaban atareados repartiéndose los trajes y el mobiliario de la difunta. Cuando, finalmente, pudo entrar en la cámara, encontró el cadáver casi desnudo y abandonado sobre un lecho de paja. Tomó pie de este raro espectáculo para pronunciar un hermoso discurso sobre la vanidad de las grandezas humanas.

II.—La literatura guerrera. El feudalismo según las canciones de gesta (2)

Los nobles de Luis VII y de Felipe Augusto pedían á sus juglares que les divirtieran con relatos de batallas, de fiestas ó banquetes, encuadrados en una acción imaginaria. El fin del siglo XII y el comienzo del XIII constituyen la época por excelencia de las canciones de gesta, vastas composiciones épicas, donde la vida, las costumbres, las pasiones y los vicios de la socie-

(1) Página 48.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—L. Gautier, *La Chevalerie*, tercera edición, 1895. *Les Epopées françaises*, segunda edición, 1892. Gastón Paris, *La Littérature française au Moyen âge*, segunda edición, 1890, y *La Poésie française au Moyen âge*, 1885-1895. Schultz, *Das hofische Leben zur Zeit der Minnesinger*, 1889. F. Lot, *L'Élément historique de Garin le Lorrain*, 1896. En las citas de la canción de los *Lorrains* empleamos la traducción de Paulín París, aun cuando no sea literal.

dad feudal son glorificados y aun exagerados á voluntad. Gusta de contemplarse en estos espejos aumentativos, aunque fieles, que reflejan su psicología rudimentaria, su concepción simple é infantil del mundo presente y futuro, su desprecio del villano, su desdén del rey y del sacerdote, sus alegrías sensuales y sus violencias salvajes. Ni la ausencia de composición y estilo, ni la interminable extensión del desarrollo, ni la monotonía de los episodios, las hacen enojosas. El público de los castillos ríe ó se conmueve escuchando esas enormes letanías de decasílabos, sin quejarse de la eterna repetición de lugares comunes.

Una parte importante de estos poemas constituye la llamada «epopeya real», á la que ya pertenecía la *Chanson de Roland* y el *Roi Louis* (1). Casi siempre Carlomagno concentra el interés, con su familia, sus pares y sus vasallos. *Berte, aux grands pieds*, *Mainet*, las *Enfances Roland*, *Aspremont*, ponen en escena al propio emperador, á su madre ó su sobrino. *Gui de Bourgogne* tiene por tema la conquista de España, *Aiquin* la de Bretaña, *Fierabrás* la de Italia, los *Saisnes* la de Sajonia. *Girart de Viane* hace ver á Carlomagno en lucha contra los feudales. Estos cantos demuestran la impresión profunda, de una intensidad y de una duración extraordinaria, dejada en los espíritus por la obra carlovingia.

Otro ciclo de poemas guerreros, «la epopeya feudal», tiene por héroe principal á Guillermo de Orange ó de Tolosa, el alto barón, vencedor de los sarracenos y vasallo inquieto del rey de Francia. Nuestros juglares le siguen desde la cuna á la sepultura, á través de las vicisitudes todas de su existencia romancesca. Luis, sus parientes ó sus amigos se ven glorificados en *Aimeri de Narbonne*, las *Enfances Guillaume*, las *Enfances Vivien*, *Aliscans*, *Foulquet de Candie*, *Le Moniage Guillaume*, etc. Otras encarnaciones del feudalismo, pintadas con el propio realismo brutal, aparecen en *Ogier de Danemark* y *Parise la Duchesse*, en la quintuple canción de los *Lorrains*, en el arreglo de *Raoul de Cambrai* y de *Girart de Roussillon*, en *Jourdain de Blaives*, *Aiol* y *Élie de Saint-Gilles*. De esta suerte, á falta de Carlomagno, los grands barones del siglo IX y X, fundadores del régimen feudal, son quienes interesan á los trovadores.

Los acontecimientos contemporáneos ó más cercanos no les interesan. Es excepcional que un Graindor de Douai celebre en sus poemas de *Antioche* y *Jérusalem*, la cruzada santa. Todavía hay más inclinación á remontarse á la antigüedad grecolatina y vestir con la armadura de los caballeros, como lo hacen Benoit de Sainte-Maure y los de su escuela, á los héroes clásicos de la novela de *Eneas* ó de *Alexandre*, de la de *Thebes* ó de la de *Troie*.

El auditorio disfruta sobre todo con lo que ahora nos fatiga: el mosaico de las descripciones y de las aventuras sin interés. Aquellos grandes niños no se cansaban de oír las mismas historias: el rey que reúne asamblea general y recibe en ellas el desafío del vasallo insolente, el relato de batallas en que se cruzan innumerables caballeros, los sitios de villas y castillos, los combates de héroes cristianos contra los infieles sarracenos, y el amor que inspiran á la hija del emir, el hijo del rey abandonado por una madrastra ó por un traidor en lo

cerrado de un bosque, los hechos de caballería y los torneos sangrientos, la recepción del caballero por las jóvenes castellanas, demasiado hospitalarias. El obrero de canciones confecciona su edificio poético con materiales que han servido ya. Estos tiempos amantes de la tradición no atienden á la originalidad ni se precian de la invención. Han dejado impersonales y anónimos, en literatura como en arte, multitud de obras cuyos autores nos gustaría conocer. De tan enorme producción épica, apenas si nos quedan cinco ó seis nombres de poetas: Raimberto de París, Juan Bodel, Jendeu de Brie, Herberto le Duc, Bertrán de Bar-sur-Aube y Juan de Flagi.

Entre estos poemas la gesta de los *Lorrains* (2), aun cuando por la extensión esencial del sujeto sea el menos histórico de todos, ofrece el cuadro más completo y viviente de la existencia, de las pasiones y de las costumbres nobles. El color es áspero y crudo y los objetos se destacan con sorprendente relieve.

Desde un principio aparece la ferocidad del hombre de guerra. Uno de los héroes de la canción, el duque Begón, arranca las entrañas de un enemigo á quien acaba de matar y las echa á la cara de Guillermo de Montclin. «Toma, le dice, vasallo; toma el corazón de tu amigo; podrás salarlo y asarlo.» Garín abre el cuerpo de Guillermo de Blancafort: «arranca de él el corazón, los pulmones y el hígado; Hernaut, su compañero, se apodera del corazón, que corta en cuatro pedazos, y los dos siembran el camino de estos jirones de carne palpitante.»

He aquí ahora las carnicerías de los villanos y los saqueos terroríficos en tierras de enemigos. «Se rompe la marcha. Los corredores y botafuegos ocupan la vanguardia. En seguida vienen los abastecedores, que debían recoger las presas y acondicionarlas en enormes carromatos. El tumulto se inicia. Apenas llegan los campesinos al campo, retroceden lanzando largos alaridos. Los pastores recogen sus rebaños y los empujan á los bosques vecinos con la esperanza de protegerlos. Los botafuegos rodean las ciudades que los abastecedores visitan y saquean. Los habitantes, pasmados, mueren abrasados ó son agregados, con las manos atadas, al botín. La campana de alarma suena por todas partes: el terror se comunica de unos á otros y se hace general. Aquí se entra á saco en el dinero; allí se arrebatan bueyes, asnos y rebaños. El humo se extiende. Las llamas crecen. Los campesinos y los pastores huyen, aterrorizados, por todas partes.» Por donde pasan los caballeros no queda nada. «En las villas, en los burgos y en las granjas no se veían girar los molinos ni humear las chimeneas; los gallos habían enmudecido en sus cantos y los perros en sus aullidos. Crecía la hierba en las casas y en las rendijas del pavimento de las iglesias, porque los clérigos habían abandonado el servicio de Dios y los crucifijos yacían rotos por el suelo. El

(2) La canción de Garín el Lorrain fué probablemente compuesta de un tirón en los primeros años del reinado de Felipe Augusto. La demostración de M. Fernando Lot nos parece dejar este punto fuera de dudas. Añadamos que en un episodio de la epopeya Lorrain, el del rey Carlos Martel tratando de imponerse al clero de Francia, puede verse evidentemente un eco de la resistencia apasionada de que Pedro de Blois se hizo portavoz, cuando trató Felipe Augusto, en 1185 y en 1188, de suprimir el diezmo de cruzada y de imponer el episcopado.

(1) Véase el tomo primero, pág. 604.